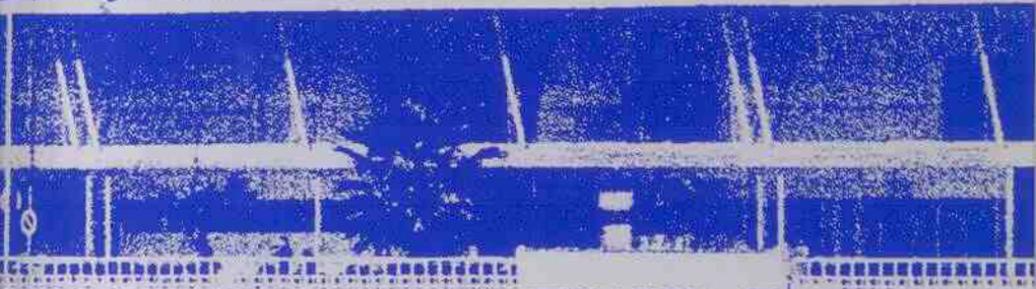
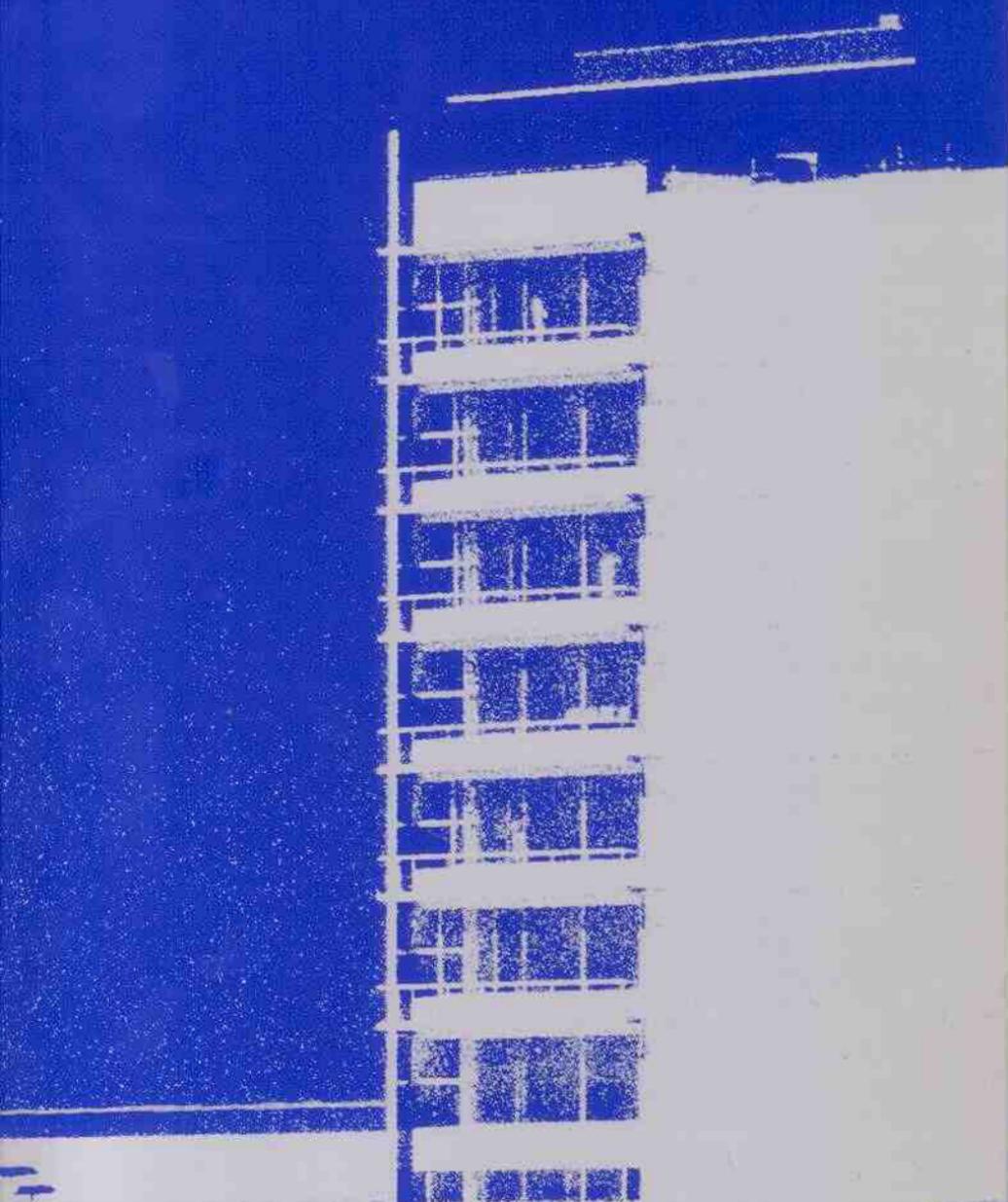


HOSPITAL DEL MAR

ART I SANITAT



EL HOSPITAL DEL MAR

**DE LA MÁS
ABSOLUTA POBREZA
A LA MÁS ABSOLUTA
GRANDEZA**

por Manuel Vázquez Montalbán



De Hospital de Infecciosos a Hospital Olímpico. A eso se le llama ascender en el marco de una ciudad repleta de ascensiones. También las montañas han subido de altura y Montjuïc, de ser la montaña del cementerio y el castillo se ha convertido en la montaña del Anillo Olímpico y en un museo de arquitectura: de Puig i Cadafalch a Isozaki, de Mies van der Rohe a Sert. Pero volvamos al Hospital, a que nos den el alta de salubridad. La brutalidad del lenguaje lo calificó de «Hospital de Infecciosos», porque realmente se dedicaba a curar las infecciones epidémicas que empezaban a ser tratadas «socialmente» en el marco de la Barcelona de la primera revolución industrial. Hasta que se construyó el primer hospital, Barcelona trataba sus epidemias casi como en la Edad Media. Se construían campamentos extramuros, en los descampados de Montjuïc o Pedralbes, auténticos hospitales de campaña con tiendas de lona, para liberar a la ciudad de sus contaminados. Todavía en tiempos de Rius i Taulet, el alcalde de la Expo de 1888, se tuvieron que improvisar barracones en Can Tunis para atender a los leprosos de la ciudad.

Uno de los prodigios del despertar industrial y social fue el tratamiento social de las epidemias, como si la caída de las murallas hubiera significado la apertura de corredores para el aire y los vientos de la higiene. Los científicos ubicados en Barcelona o de paso en lucha a brazo partido por sentar cátedra en la capital del Reino, abordan el problema de las epidemias a la luz de los nuevos descubrimientos

foráneos y contribuyendo con los propios: ejercen o pasan por Barcelona, Santiago Ramón y Cajal, el Dr. Ferran, Ramón Turró, Letamendi, Giner y Partagàs, Pi i Sunyer... un lote de extraordinarios científicos que miraron cara a cara las necesidades de la salud pública. Con la caída de las murallas empezaron las reclamaciones de instituciones hospitalarias para las enfermedades infecciosas, y las improvisaciones a las que me he referido eran claramente insuficientes para la Barcelona de fines del XIX. Con el lenguaje actual se hubiera dicho que se daba una respuesta tercermundista al problema de la salud pública de una capital industrial y cultural.



HISTORIA DE UN CRECIMIENTO

En cierto sentido fueron el lazareto de la Sección Marítima y el Hospital de Can Tunis los más remotos precedentes del Hospital de Infecciosos que durante tres semanas ha sido Hospital Olímpico. Las primeras instalaciones se ubicaban en edificios «sobrantes» o sin función clara, procedentes de la Exposición de 1888. Con todo, cuando las epidemias apretaban, de nuevo había que recurrir a la provisionalidad complementaria y urgía encontrar una solución estable. Como suele ocurrir en pueblos acostumbrados a regirse por los paradigmas de lo irremediable, más que por los de la prevención, fue necesario que Barcelona

Fachada norte de Consultas Externas.



padeciera una epidemia de tifus en 1914, que afectó a casi 25.000 personas y enterró a 2.267, para que el Hospital de Infecciosos se convirtiera en una reivindicación social, porque las epidemias sobre todo afectaban a los barrios más insalubres, donde vivían hacinadas las clases populares que prestaban su mano de obra a la riqueza de la ciudad, en condiciones de servicios públicos tan lamentables que ni siquiera tenían agua corriente en las casas, ni retretes privados, a lo sumo comunas de rellano. Barceloneta, Ciutat Vella, rincones de población de aluvión establecida en torno de la calle de Aragón, el Barrio Chino...eran caldo de cultivo epidemiológico, y «el tifus» de 1914 que perduró hasta 1915 fue consecuencia de la infección de las aguas de la mina de agua que desde Montcada abastecía del líquido elemento a estos barrios.

Los higienistas del XIX tuvieron que enfrentarse al desafío de un nuevo concepto de salud pública ligado a la ciudad definitivamente masificada por la revolución industrial. A las ideas empíricas de airear las ciudades, porque el aire era el portador de los gérmenes, se suma la evidencia de que el agua también hace de las suyas, la que se bebe y las residuales que a veces circulan por las calles convertidas en cloacas al aire libre. Aparte de la búsqueda de un suelo urbano más caro mediante el derribo de barrios medievales, con esta intención coexistía como necesidad y como coartada la de abrir espacios para la circulación del aire. Paralelamente, un higienista y hombre de progreso



Vista aérea del Edificio de Consultas Externas.

como el arquitecto García Faria, el Cerdà del subsuelo, lleva adelante el plan de alcantarillado subterráneo que se llevará a la mar las aguas residuales. No fueron soluciones baladíes, pero tampoco suficientes y aunque se redujo el dramatismo de las epidemias, seguían afectando a la ciudadanía, y era necesario disponer de una solución hospitalaria para afrontar lo que no habían podido solucionar las medidas preventivas.

Los hospitales improvisados fueron el alma inicial que condujo al definitivo. Las instituciones históricas no se ubican en un lugar concreto o bajo una forma inmutable, sino que tienen un alma, una finalidad, un sentido, que pasa por distintos lugares y tiempos. El primer director de aquel hospital «imaginario» fue nada menos que el Dr. Mandri i Villa, inventor del todavía hoy activo «Cerebrino Mandri», uno de los medicamentos que pertenecen a la memoria sentimental de la ciudad. El 14 de diciembre de 1916 se crea el reglamento

del Hospital de Infecciosos; en 1917, el Ayuntamiento establece las bases para la provisión de plazas; en 1918 se mueren de gripe más de seis mil barceloneses. Cada época tiene su epidemia y a la peste negra o la lepra, herencias de la antigüedad, se les suman tifus y gripes, en espera de las epidemias de la posmodernidad. Hasta 1929 no se empieza a construir el Hospital de Infecciosos propiamente dicho, según diseño del arquitecto municipal Plantada, que tenía en cuenta la funcionalidad interna de hospitales similares del extranjero, concebido como una ciudadela hospitalaria, con pabellones especializados para cada infección.

Hay que retener el dato de que los vecinos de la

Acceso a la Zona de Urgencias.



zona del actual Hospital Militar se opusieron a que se ubicara allí un hospital tan peligrosamente calificado, y finalmente se ubicó en lo que se llamaba la Sección Marítima del Parque, sobre una extensión de 27.250 m², en un enclave situado entre el viaducto al futuro Paseo Marítimo, la fábrica de gas de la Catalana y el camino hacia Somorrostro. Ese ha sido el Hospital que se fijó en la memoria colectiva de la ciudadanía hasta los tiempos modernos.

UN HOSPITAL AVANZADO

Desde la sabiduría convencional popular, el Hospital de Infecciosos aparecía como un depósito de «infectados», como si la retina de la memoria conservara el macabro cuadro del tratamiento de las epidemias en el pasado. Nada más falso. El nuevo Hospital fue un ejemplo de trabajo de investigación y modernización de utillaje hospitalario; incluso dispuso de uno de los departamentos de Radiología más prestigiados. No podía ser de otra manera. El Hospital no se dedicaba solamente a almacenar y tratar de curar a infectados, sino también a investigar para prevenir y mejorar las condiciones sanitarias colectivas. Si ésa era su predisposición habitual, el desafío de la Guerra Civil y las pésimas condiciones de salubridad que aportan las guerras (no se lo tomen sólo como un sarcasmo; aunque lo es) aun forzaron más la necesidad de avanzar en el conocimiento que diera respuesta al espeluznante panorama asistencial cotidiano, durante toda la contienda:

tifus, brucelosis, meningitis, casos de rabia, pulmonías, tuberculosis, sarna... Los cronistas cuentan que el pabellón de sarnosos estuvo siempre repleto durante toda la Guerra Civil.

Si el Hospital era científicamente avanzado, también estaba peligrosamente avanzado en la línea de fuego del frente marítimo de Barcelona, y el crucero franquista Canarias tuvo en este Hospital uno de sus blancos indirectos preferidos, a pesar de que la Administración pintó los tejados con grandes cruces rojas, para que se enteraran los bombardeadores o, en su defecto, las bombas. Pero aún no se trataba de bombas inteligentes y empezaron a caer sobre el Hospital, hasta el punto de que en 1937 hubo que desocuparlo y trasladar los servicios y los enfermos al Hotel Florida del Tibidabo. Allí se vivieron años duros, de escasez y de muerte inevitable, en el marco desalmado de la guerra. En junio de 1939, ocupada y bien ocupada Barcelona por las tropas franquistas, el Hospital volvió a sus instalaciones, pero sin sus médicos, depurados políticamente por haber seguido ejerciendo durante la guerra, y con el nombre cambiado. A la delicada sensibilidad de las autoridades ocupantes le molestaba la denominación Hospital de Infecciosos y lo rebautizaron, reconsagrándolo al mismo tiempo: Hospital de Nuestra Señora del Mar.

Con el franquismo llegó la viruela y con el hambre acumulada de guerra y postguerra, la tuberculosis, pero tal vez la enfermedad más «carismática», si es que puede aplicarse esta



Vestíbulo principal.

calificación a una enfermedad, fue la popularmente conocida como «epidemia del piojo verde».

Científicamente denominada tifus exantemático, la del «piojo verde» es una de las enfermedades de las magistrales novelas de Juan Marsé, cronista de las enfermedades físicas y morales de aquella larguísima postguerra. El franquismo fue un causante determinante de la extensión de la epidemia. Incubada en los vagabundos de la ciudad y dada la costumbre de almacenar vagabundos en el Pabellón de Rumanía de la Exposición de Montjuïc mientras visitara Barcelona algún alto jerarca del Régimen, la convivencia hacinada en el pabellón cerrado a cal y canto y la posterior liberación de personas y aires contaminados, lanzó sobre la ciudad la epidemia del piojo verde, bien llamada, porque eran los piojos, tan abundantes entonces, que despiojar era una de las prácticas domésticas habituales más frecuentes entre las clases populares, pero sin que los piojos le hicieran

ascos a subir hacia la Barcelona rica y meterse en las más acreditadas cabezas.

RECONCILIACIÓN Y NUEVAS EPIDEMIAS

A todo esto, una de las primeras medidas de los ocupantes de la ciudad fue reconciliar el Hospital con la Virgen de Lourdes, empeño curioso porque nadie tenía constancia de que algo hubiera pasado entre el Hospital y la excelsa Señora.

La reconciliación se produjo en 1941: la dirección del Hospital fue entregada a los médicos que se habían pasado al bando franquista durante la guerra, pero más tarde o más temprano la única verdad hospitalaria se impondría más allá de reconciliaciones con la Virgen o de reposiciones de adictos: Un hospital tiene que salvar vidas y a ello se aplicó una institución que siguió siendo avanzadilla asistencial e investigadora.

Si los años cuarenta tuvieron en el tifus y la tuberculosis las enfermedades de moda, aunque la mayor fama la tuvo la tuberculosis, tal vez porque había más hambre que piojos o más bacilos de Koch que piojos, los cincuenta traspasaron a la poliomielitis el protagonismo del pánico sanitario. Que una enfermedad se ponga de moda no es producto de la inculcación snob de un malsano cerebro maligno y oculto, sino de que tiene aspectos de novedad frente a enfermedades ya conocidas y asumidas por el saber convencional. A comienzos de los años cincuenta ya se sabía qué eran el cólera, la peste, el tifus, la lepra, la tuberculosis ...es decir,

todas esas exquisiteces del mal que han ayudado a la humanidad a expiar la culpa de Adán y Eva que les llevó a ser arrojados del Paraíso. Incluso se establece una relación de familiaridad con la enfermedad ya sabida, aunque le mate, y desde los antídotos de altura como las vacunas (no olvidemos que los años cuarenta aportarán la penicilina y la estreptomycinina) hasta las recetas caseras, se hace frente a la epidemia conocida que siempre, siempre, es mejor que la epidemia por conocer. Pues bien, a raya las viejas amenazas, 1950 se estrena con el Congreso Eucarístico y la poliomielitis amenaza sobre el crecimiento de los niños, a los que tanto les costaba crecer ya de por sí en pleno régimen de racionamiento y escaseces

Unidad de Cuidados Intensivos.





Sala de Espera Exploraciones Especiales.

múltiples. Se habían producido casos en sentido ascendente a partir de 1947, pero en 1959 se tratan hasta 298, de los que 102 son mortales. La lucha contra la terrible parálisis es una de las epopeyas médicas del Hospital y de aquella Barcelona tan difícilmente reconstruida. Baste decir que para intentar salvar la vida de un súbdito inglés asaltado por la enfermedad y necesitado de un pulmón artificial, como en el Hospital y en Barcelona sólo hubiera uno, se tuvo que enviar otro desde Inglaterra y llegó tarde para recuperar al enfermo.

De la poliomiélitis al SIDA, el Hospital pasó por un periodo de más de veinte años de epidemias estabilizadas, brotes controlables, sólo de vez en cuando desbordado por resurrecciones de pertinaces epidemias, como la del cólera de comienzos de la década de los setenta. Tanto luchar contra nuevas epidemias sofisticadas y de pronto volvía una antigua muerte a recordar cuán relativa ha sido siempre la modernidad. Mientras tanto

nuevos servicios se habían incorporado, los viejos pabellones se iban adaptando, corrigiendo sus deterioros, y aunque el Hospital había perdido parte de su armonía formal del comienzo, mejoraba cualitativamente mediante departamentos de Investigación, servicios de Urgencias, un Instituto Neurológico, Psiquiátrico, unidades de Deshabitación de Toxicómanos, pabellón de Medicina Tropical y finalmente un Laboratorio Antidoping inaugurado en 1985, inicio de la vinculación con el deporte que culminó en julio-agosto de 1992 con la ascensión a la categoría de Hospital Olímpico, estratégicamente situado junto a la Villa Olímpica, viejos y nuevos pabellones y servicios unificados bajo la mano omnipresente de los dioses olímpicos, los señores Samaranch y Maragall incluidos.

La ciudadela sanitaria original, tan repasada por el tiempo, y los nuevos bloques de acero y aluminio componen ahora un complejo hospitalario que también se asoma al mar, en esta nueva benéfica epidemia de mediterraneidad que propicia la ancha y larga remodelación de la primera línea marítima de la Barceloneta, Pueblo Nuevo y así hasta el Besòs. Este Hospital, ubicado en la Barceloneta, que podría denominarse «el Hospital de la Barceloneta», demuestra la posibilidad de una asistencia sanitaria ambiciosa y a la vez descentralizada. El Hospital queda como un faro simbólico de salud y sólo tiene sobre su futuro el riesgo de la avaricia especulativa, porque está situado sobre un suelo que ha multiplicado su valor

como consecuencia de la aparición de la Villa Olímpica y todo lo que comporta. Pieza clave en el equilibrio sanitario de la ciudad, es difícilmente trasladable y absolutamente imprescindible. Sus propagandistas describen el presente de un Hospital rodeado de mar y jardines, sin la opresión de la arqueología del paisaje industrial y ferroviario, dotado de instalaciones homologables con las de cualquier otra entidad sanitaria de Europa, con su Facultad de Medicina conectada con la Universidad Autónoma. Frente a los que temen un rebrote de epidemia de avaricia especulativa, el alma del Hospital, esa que alienta desde los barracones de Can Tunis, necesitaba un Departamento de Urgencias nuevo, adecuado al

Iluminación cenital la Unidad de Curas Intensivas.



crecimiento de esta demanda hospitalaria que desborda a la oferta que pueden hacer todos los hospitales de la ciudad. Ese nuevo Departamento de Urgencias ya existe, y se asoma en una importante fachada marinera. Ratificará para el futuro siglo la presencia del Hospital de Infecciosos o del Mar u Olímpico como un recordatorio de que la lucha contra la enfermedad forma parte de la necesidad de sobrevivir, en el marco privilegiado de una ciudad abierta al sol y al Mediterráneo.

ENFERMOS, NO INFECCIOSOS

Desde hace algunos años, el popularmente reconocido como Hospital de Infecciosos ha evolucionado a la condición de Hospital General, mientras en los restantes hospitales de la ciudad se han creado departamentos dedicados a las epidemias tradicionales, en parte porque han decrecido, en parte porque un nuevo concepto hospitalario se opone a la filosofía de acentuar el carácter de malignidad, de plaga enviada por los dioses coléricos para culpabilizar a los hombres, que tuvieron las epidemias.

Las palabras se cargan de perversidad semántica, e «infeccioso» o «infectado» no tienen una semanticidad propicia.

La memoria popular ha ido prescindiendo del nombre de antaño y se impone el de Hospital del Mar, significativo a reforzar a la vista de la omnipresencia del mar en la vivencia hospitalaria.

Los artistas convocados para rendir homenaje a un Hospital que es, por su propia naturaleza,

un instrumento de unión entre esperanza y razón, han respondido según el mandato de esos pozos de la conciencia donde se refugia nuestra relación con todos los límites entre vida y muerte que hemos presenciado; límites en los que casi siempre aparece una enfermedad, breve como un mal suspiro, larga como una pesadilla. En la memoria de cada artista, como en la mía, desde mi condición de escritor invitado, hay siempre un hospital en el que nos ha pasado algo o quizás en el que desgraciadamente nos ha pasado «todo». El hospital de mi memoria es la ciudadela modernista de Sant Pau, por cuyos pasadizos tantas veces he avanzado lleno de miedo, prevención, tristeza, esperanza, remordimiento. Incluso retengo en la retina de mi memoria la contradicción entre el ludismo del modernismo de sus pabellones, como si se tratara de un decorado para fábulas propicias, y el dolor y desesperanza o su contrario que se almacenan detrás de las fachadas del hospital.

Al de Infecciosos, al que felicito por su ascenso a la condición de Hospital Olímpico, lo asocio con la prohibición para ver a compañeros de colegio, de barrio o algunos familiares que habían caído entre las fauces de cualquier epidemia. Sabía que estaban allí, pero no nos permitían acercarnos, porque eran tiempos de toda clase de contagios, y cuando no era el piojo verde era el bacilo de Koch o el bichito de la meningitis o el de la poliomielitis el que estaba predispuesto a jugártela. Los que sobrevivimos a una vida y a una Historia tan llena de bacterias hemos contemplado esta vez sin



Vista desde el Parc de la Catalana.

ninguna clase de nostalgia que el viejo Hospital de Infecciosos se disfrazara de Centro Médico para las Olimpiadas, durante veinte días gloriosos, y luego retomara su papel de proa de la salud de esta ciudad, abierta al mar.